

PRIMERA PARTE

PAPARAZZO

El término *paparazzo* fue acuñado por el director de cine italiano Federico Fellini, que usó la palabra para definir a un fotógrafo de prensa rosa en la película *La dolce vita*, en 1959. Un *paparazzo* es un fotógrafo que, como un mercenario, está al acecho para atrapar con su cámara a los ricos y los famosos. Entre los *paparazzi*, la palabra inglesa *hit* significa un disparo bueno y certero sobre una celebridad, y es la misma expresión que usa un mercenario refiriéndose a un contrato. Esto es un *hit*. Un buen *hit* puede representar, para el afortunado y eficiente fotógrafo, cientos de miles de coronas danesas. En algunos casos, varios millones.

NUNCA SE SABE en qué momento la vida te azota y toda tu existencia da un vuelco, y en un abrir y cerrar de ojos pasa de ser sosegada y previsible a ser una pesadilla en la que uno parece correr a cámara lenta sin avanzar mientras intenta despertar y regresar a la realidad. Pero la realidad es el sueño mismo. Durante más de la mitad de su vida uno se siente seguro, feliz con lo habitual, agradecido de haber logrado, aunque sea tarde, encontrar el amor; de haber traído al mundo a un hijo que continuará la estirpe. Una postura quizá anticuada, pero esa continuidad jugaba un papel importante para mí que, próximo a los cincuenta años, debía reconocer que estaba más cerca de mi muerte que de mi nacimiento.

Todo empezó con un zumbido del teléfono móvil. No debí de contestar pero no pude evitarlo. Nunca se sabe qué te espera al otro extremo del auricular. Dicha, desgracia, negocios, cuentas, llamadas equivocadas, la muerte, quizás un cambio decisivo... ¿Qué podía uno perderse? No se sabe, pero aunque ya me iba haciendo mayor, no lo era lo suficiente como para no aceptar las tareas y las oportunidades que me surgieran. Con la edad fueron llegando el hastío y la conciencia. Escribo estas palabras en danés y las veo ante mí en la pantalla blanca de mi ordenador portátil y me asombra la facilidad con que me salen, a pesar de haber estado hablando y, sobre todo, escribiendo en inglés y en español durante tantos años. Utilizar una palabra en una lengua extranjera me resulta raro cuando intento escribir algo más que un simple artículo corto, un pie de una foto, unas notas, o una carta de amor.

Estaba tumbado boca abajo y notaba el sol quemándome la espalda, en una postura forzada sobre un peñasco erosionado, donde los granitos negros de arena que el viento había transportado desde la playa hasta allí arriba se cobijaban en cada una de las grietas. Estaba echado como un francotirador en Bosnia y respiraba despacio, tranquilamente y notaba el sol a través de la camiseta clara y ligera, a través de los vaqueros azules, y en la nuca, donde terminaba el canto del sombrero blanco. Detrás de mí se levantaban las yermas

montañas oscuras. Tierra adentro se veían aumentar de tamaño y se volvían altas e inaccesibles. Aquí en la costa eran más suaves y aparecían calcinadas por el sol y moldeadas por el viento que, en el Mediterráneo y en invierno, sopla más frío y con más fuerza de lo que uno imagina.

Abajo, delante de mí, había una pequeña ensenada desierta. Era una de las muchas caletas de la Costa Brava que el mar ha ido recortando en el litoral durante miles de años. Pocos kilómetros al norte se encontraba la frontera franco-española, y al sur empezaba el infierno turístico de la costa, que el hombre, con su avidez, había conseguido destruir en sólo un par de decenios, y donde habían vivido generaciones sin destruirla ni transformarla. En pocos años la costa mediterránea española se había transformado más profundamente que en los dos mil años anteriores. Aquí arriba, cerca de la frontera, el paisaje poseía todavía alguna de sus características originales, como es el mar azul y deslumbrante cual una postal de ordenador retocada bajo el claro y dorado sol. Se veían los veleros de recreo atravesar la brisa marina y un par de lanchas trazar una estela blanca en el agua. Abajo, delante de mí, la ensenada blanca estaba silenciosa y desierta. Yo era como un explorador que la viera por primera vez. Era una de las muchas caletas accesibles sólo desde el mar. La costa era rocosa y escarpada. Un escalador experto podría alcanzar la cima, pero los turistas debían mantenerse a distancia. La caleta era lo que prometían

los folletos turísticos: una hermosa mancha privada e intacta en medio del arremolinado mar del turismo.

Estaba echado para poder tener un buen ángulo de tiro hacia el mar y hacia las orillas arenosas de la caleta, que quedaba a resguardo de las miradas curiosas gracias a un saliente de la roca. Si no se sabía, era imposible descubrir la existencia de una caleta tan bella al pie de aquel saliente rocoso. Dos rocas picudas que se adentraban unos metros en el mar protegían también a la gris y polvorienta arena de las miradas curiosas desde el mar. A menos de que se supiera adónde mirar y se hiciera un gran esfuerzo con los prismáticos, el lugar era tranquilo. El lugar perfecto para estar solo. O estar solos, de a dos.

«Los tortolitos han escogido un buen lugar», pensé en danés, como hacía a menudo cuando estaba solo esperando el momento de mi *hit*. En las pocas centésimas de segundo que separan el fracaso del éxito, condensaba mis pensamientos y los dejaba revolotear en el laberinto de los recuerdos, pensaba en mis dos amores, o evocaba una película, un libro o aventuras amorosas, en un intento de dejar que el tiempo se redujera al vacío. A la *nada*.¹ A un supuesto estado en que el aburrimiento no diera paso a la impaciencia y me pillara descuidado en el instante de la verdad, cuando

1. En español en el original (varias expresiones o palabras en español en el original irán en lo sucesivo en cursiva).

la diferencia entre el éxito y el fracaso era sólo cuestión de unas centésimas de segundo.

No perdía de vista las lanchas. A gran velocidad, una de ellas arrastraba su estela, como trazada con regla a lo largo de la costa. La otra cambió el rumbo, disminuyó la velocidad y navegó hacia la caleta. Era un gran barco a motor, de veinte pies de eslora, blanco radiante, de líneas finas y elegantes. En la cubierta de proa había una mujer tumbada cuya única prenda eran unas gafas Ray-Ban. Le sentaban bien. Con el torso desnudo, el hombre, al timón, hacía entrar el barco en la ensenada vigilando la profundidad del agua en el radar. Tan cerca de la costa podía haber escollos y puntas de roca. El barco debía de ser de poco calado o el hombre conocía el fondo entre esas rocas. Mis contactos decían que era eso.

Yo vivía de la insaciable curiosidad de ver cómo se ponían en evidencia los ricos y los famosos. A pesar de mis veinte años de experiencia, y de conocer de memoria la avidez y el ansia de poder de la gente moderna, me sorprendía todavía que tanta gente importante estuviera dispuesta a sacrificar su carrera, su matrimonio y su posición para obtener sexo. Me sorprendía que estuvieran tan seguros de su invulnerabilidad, que estuviesen dispuestos a correr grandes riesgos para tener la oportunidad de demostrar que todavía eran hombres. ¿Acaso no sabían que, por cada secreto, había un hombre dispuesto a vender ese mismo secreto?

Había llegado a la Costa Brava porque me habían dado un *soplo* unas semanas atrás. Siempre era así. Mis numerosos confidentes y contactos a los que yo había pagado, cuidado, alimentado, alabado, organizado, adulado y ayudado a reconfortar su ego, eran como una red de información ampliamente ramificada que me tenía al corriente de las ocupaciones de la gente famosa. Me marcaban el objetivo y me suministraban los datos necesarios; después ya era cosa mía preparar la logística *in situ*, inspeccionar el terreno y preparar el *hit*. Me había llevado dos semanas organizarlo todo para dar con el objetivo, que, inconsciente y en la inocencia de su ignorancia, se acercaba ahora a la costa. Las informaciones habían sido sumamente precisas, hasta incluso el nombre del barco. Cuando un nuevo gobierno entra en funciones, después de que el antiguo ha saboreado el poder durante muchos años, debería procurar ir con cuidado. Sobre todo si el nuevo gobierno es un gobierno que se basa en Dios, la Patria y el Rey, y alza la bandera de la moral tan arriba que hasta pierde el contacto con la tierra.

—No tires la primera piedra, amigo mío —dije a media voz y en danés, lengua que sigo sintiendo como la mía, a pesar de que durante muchos años solamente la he hablado conmigo mismo, e incluso para mis adentros. Uso el inglés para los negocios, el español para el amor, y el danés para lo íntimo, para los pensamientos secretos que exigen un

profundo conocimiento de los matices subyacentes a cada palabra; allí donde no cuenta lo que se dice sino el modo en que se dice y se piensa. Los daneses son una pequeña tribu que habita en un extremo del mundo conocido, y su característica común es la lengua. Los daneses se reconocen unos a otros por la lengua. Los extranjeros tienen acento. Los verdaderos daneses *tienen* dialecto. Nos identificamos por los dejes pertinaces de falsa ironía de nuestra lengua materna. Nos catalogamos unos a otros por los matices intraducibles de la lengua, sobreentendiendo una interpretación común, y por la ironía.

El hombre, sin duda, pilotaba el barco hacia la costa. Luego oí cómo cesaba el ruido del motor, y el barco se balanceó lentamente los últimos metros hasta que el hombre echó el ancla y dejó que el barco se meciera en la corriente. Levanté la cámara nueva, una maravilla de la tecnología digital. Sabía que había acertado al escoger un teleobjetivo de 400 mm. Las figuras se veían en el visor con total precisión. Ella tendría unos veintitantos, un cuerpo terso y moreno en el cual el vello negro del pubis destacaba claramente al sol. No era ni demasiado delgada ni demasiado gorda, estaba bien proporcionada. Me recordaba a alguien, pero no la situaba. Cuerpos de mujer como éste, perfectos, se contonean desde Saint-Tropez hasta Marbella. Atraen a los hombres ricos, de mediana edad, como la carne podrida atrae a

las moscas. En su aparentemente perfecta y eterna juvenil belleza hacen olvidar a esos hombres la decadencia de su propio cuerpo. Las mujeres jóvenes tienen todavía tan poca experiencia del dolor que creen que la decadencia nunca les alcanzará. Con el índice sudado, presioné tranquilo el disparador, dejé avanzar el carrete y tomé una serie rápida antes de utilizar el *zoom*; conseguí una foto clara de la mujer con la cara del hombre nítida detrás de ella. Estaría cerca de los cincuenta años. Era moreno, de aspecto latino, con la cara afeitada y el pelo negro, recio y tupido. Tenía los brazos y los hombros fuertes, pero bajo el vello del cuerpo se insinuaba una barriga delatora de que ya no estaba en lo mejor de la vida. Se le veía muy tostado por el sol, y en el visor brillaban sus dientes blancos cuando sonreía a la mujer.

Él dijo algo y le echó a ella un par de sandalias de goma. La mujer sonrió y le contestó mientras se las calzaba. Se puso una máscara y el tubo de respirar y se sumergió desnuda en el agua. Debajo del agua, sobre las rocas, había muchos erizos de mar; la pareja parecía saberlo: se mostraban respetuosos con los largos y punzantes pinchos. Agoté el carrete y pillé un par de veces las nalgas desnudas de la mujer en el momento en que salía del agua, antes de estirar las piernas y zambullirse otra vez, graciosa y ágil como un delfín. Buceó formando grandes círculos alrededor del barco, que cabeceaba.

El hombre soltó un bote de goma desde la cubierta, lo lanzó al agua y remó hasta la playa. Llevaba un bañador rojo y sus piernas eran musculosas y elegantes. ¿Podría ser un nadador profesional? Remó hasta la orilla y arrastró el bote hasta un lugar seguro. Cogió una toalla, la extendió en la playa y encima colocó una cesta con la comida. Por el cesto asomaba el cuello esbelto de una botella. La mujer se acercó bastante nadando y le tiró las gafas de buceo y el tubo de respirar. Él los recogió. Ella le llamó y él se tiró al agua casi sin salpicar. Con largas y fuertes brazadas llegó hasta donde el agua era profunda. La mujer le siguió. Cambié el carrete y dejé que disparara toma tras toma a la pareja en el agua. Por un instante me remordió la conciencia. ¿Era envidia, quizá? Retozaban en el agua como niños. Qué hermosos se veían cuando las gotas brincaban en sus cuerpos y aparecían tornasoladas a la luz del sol. Pero no se trataba de eso. Ahora se trataba de los segundos de la verdad. De cosas puramente prácticas: del diafragma, del obturador, del foco, de la nitidez. La mujer le quitó el bañador al hombre, que se fue alejando de donde estaban, flotando como una medusa roja. Él era fuerte, la levantó por encima del agua y le besó los pechos. El motor de mi cámara reflex soltó una ráfaga como un latigazo y en lugar de cambiar el carrete, cambié de cámara y tomé otra serie de fotos. El sudor me traspasaba la camiseta. Podía notar una mancha grande que crecía hacia la espalda. Ellos eran como

cachorros juguetones. Él nadó entre las piernas de ella, la medio levantó sobre la superficie del agua y la hizo caer hacia atrás. Las salpicaduras del agua parecían un aura alrededor de sus cuerpos. Luego ella nadó hacia él, le puso los brazos alrededor del cuello y enrolló las piernas en sus caderas. Era una foto bonita. Llena de amor y de erotismo. Y a pesar de todo no revelaba la realidad. El hecho de que no se pudiera ver la penetración la hacía más excitante. Tomé también un par de fotos cuando terminaron el coito sobre la toalla, aunque estas fotos no eran comerciales. Ya no eran eróticas, sino pornográficas. Y yo no era un pornógrafo.

Luego la pareja se tendió al sol; parecían felices. Como cuando uno se cree seguro y a solas en la desnudez. Cuando uno se cree solo en el jardín del Paraíso pero se olvida de pensar en la serpiente que, bajo la forma de un teleobjetivo de apenas medio metro de sofisticada alta tecnología japonesa, toma el segundo de felicidad y lo congela por toda la eternidad para que quede a la vista del mundo entero.

El hombre untó a la mujer con crema solar, y yo, por experiencia, sabía que las mejores fotos, las que podrían aumentar la cuenta del banco en unos 200 000 dólares durante un par de años, eran las menos sexuales pero las más eróticas. Y fue entonces cuando el ministro cogió entre sus manos los pies de su amante, y lenta y sensualmente les dio un masaje. Quizá tenía un pincho de erizo en la delicada piel de sus her-

mosos pies. Estaba sentada, echada hacia atrás apoyándose en los brazos y miraba hacia un punto por detrás de la cabeza del hombre. Tenía una cara tranquila y satisfecha, y en sus labios se dibujó una leve sonrisa cuando él puso la punta del pie en su boca y, amorosamente, como un niño pequeño con un caramelo, lamió cada uno de sus preciosos dedos.

—¡Bingo! —dije. Ya iba a irme arrastrándome para dejar a la pareja sola unos momentos antes de que la felicidad y la vida fueran a estropeárseles para siempre, cuando sonó el móvil en la bolsa, a mi lado. Era imposible que desde abajo en la playa pudieran oír el leve zumbido del teléfono. Estaban demasiado lejos y el tranquilo susurro del mar habría ahogado el sonido, aunque el viento hubiera llevado la señal electrónica hasta allí abajo. Pero los famosos se han hecho famosos porque parecen tener un sexto sentido, un presentimiento del peligro en los campos de minas de la política. Es como si supieran de antemano, o quizás sintieran, que algo picotea su aura y mina su confianza. En cualquier caso, él levantó la cabeza en el mismo instante en que sonó el teléfono y me miró con los ojos fruncidos, como si sospechara que le acechaba un peligro. Como los animales que beben en un aguazal en la sabana y saben que el leopardo se acerca aunque no puedan verlo, olerlo u oírlo. Hicimos el mismo movimiento. Yo metí la mano en la bolsa y pesqué el teléfono; él sacó un móvil de la cesta y marcó un número mientras

miraba en dirección a mi escondite. Me arrastré hacia atrás alejándome del borde y saqué mi teléfono. Tenía que haberlo pensado. Naturalmente él tenía uno o dos guardaespaldas en las proximidades. Es verdad que él era imprudente, pero había tomado sus precauciones y no era un idiota en absoluto.

—*Hallo* —dije yo.

Al otro lado habló una voz de mujer. Pronunció mi nombre en danés. «Lim».

—¿Peter Lime? —su voz era clara y limpia, bastante joven y sin acento dialectal, como pude comprobar. El móvil es un invento importante. Le facilita considerablemente la vida a gente como yo, pero también es una maldición.

En Dinamarca mi nombre se pronuncia «Lim», que quiere decir «pegamento» en danés, a pesar de que yo siempre prefiero presentarme como Lime pronunciado como en inglés se pronuncia la pequeña fruta verde y amarga, la lima, y poner un apóstrofe de posesivo detrás de mi nombre cuando hablo de las fotos de Lime. *Lime's photos*. En el extranjero cuento que no tengo nada que ver con Orson Welles y las cloacas de Viena, y que mi nombre tiene su origen en Lime, un pueblecito de Jutlandia, entre Ebeltoft y Randers.

Ya de joven quería evitar malentendidos exigiendo que se pronunciara mi apellido como en inglés, «Laim». No quería llamarme algo que recordase al pegamento danés «Dana-lim». Con el pueblecito Lime de marras sólo tengo en común

el nombre. Si bien yo provengo de un lugar parecido. Es una mota de polvo en la tierra, como yo lo era en las grandes ciudades a las que consideraba mías. En las junglas donde muchas veces he perseguido a mis víctimas y las he derribado cuando más solas y seguras se creían. Me gusta el anonimato con que, a nosotros los hombres, nos envuelven las grandes ciudades; pero no es el caso de los famosos de los que yo vivía. Ellos no podían vivir siempre dentro de su crisálida protectora. Tenían que salir, y entonces yo estaba allí, a punto. Quizá salen porque en el fondo también les gusta jugar al gato y al ratón. En el fondo son unos narcisistas que necesitan afirmarse y, en realidad, lo que más temen es que nadie les esté acechando. Esto significaría que ya no son interesantes; que ya han tenido sus quince minutos de gloria en el seductor fulgor del *flash*. Es como la droga para miles de hombres en nuestro mundo ebrio de medios informativos.

—¿Con quién hablo? —dije.

—Soy Clara Hoffmann. Del Servicio de Inteligencia, Copenhague —dijo ella.

—¿Y de dónde diablos ha sacado el número? —dije, mientras me arrastraba hacia atrás hasta estar seguro de poder levantarme sin ser visto desde la playa. La camiseta se me pegaba a la espalda cuando empecé a ir rápidamente hacia el coche y, mientras aceleraba el paso, la cámara me iba golpeando la cadera.

—En el fondo, qué importa. ¿Tiene un momento...?

—No, no lo tengo.

—Es que es muy importante.

—Sin duda, pero no tengo tiempo.

—Quisiera entrevistarme con usted.

—No estoy en Madrid —dije.

Había aparcado en un pequeño camino de grava que iba campo abajo y terminaba bruscamente en dos bloques de roca. No era más que un camino rural lleno de baches. El pastor que había visto a la ida estaba casi en el mismo lugar con sus ovejas, que rebuscaban hierbajos entre las rocas quemadas por el sol. Llevaba un sombrero ancho que le ocultaba el rostro. Sólo se podía ver la punta del cigarrillo liado a mano que colgaba de la comisura de sus labios. Llevaba una mochila colgada al hombro y se apoyaba pintorescamente en su bastón de pastor. A sus pies estaba sentado un perro despeluchado. Otro perro rondaba cerca del rebaño.

—¿Dónde está usted? —preguntó la voz tranquila y clara de Copenhague, si es de allí de donde venía.

—No creo que eso sea de su interés.

—Es muy importante, así que deberíamos encontrarnos lo antes posible —dijo ella.

—Llámeme dentro de un par de horas largas —le dije.

—Es mejor que nos veamos. Llamo desde Madrid.

—Está usted muy segura de sí misma. No estoy en mi casa en Madrid —dije yo.

¿Cómo iba a saberlo si me llamaba al móvil?

—Seguramente querrá ayudar a su vieja patria —dijo ella.

—No le debo nada a Dinamarca —dije.

Ella se rio. Su risa era melodiosa, como su voz.

—Me alojo en el hotel Victoria —dijo ella.

—*Okay* —dije. Y apagué el móvil. Me fui rápido hacia el coche. Era un *jeep* nuevo con tracción en las cuatro ruedas que había alquilado hacía una semana. Eché la cámara sobre el asiento trasero y puse el coche en marcha. La grava saltaba detrás de mí. El pastor giró lentamente la cabeza como si fuera una cámara montada sobre un soporte, y me siguió con la mirada mientras yo me alejaba de la costa traqueteando y balanceándome. Las ovejas seguían buscando pasto y malas hierbas. Se apiñaron y sólo un par de ellas levantó la cabeza al quedar envueltas en una nube de polvo, lo cual me hizo pensar, pero demasiado tarde, en que la nube podría verse desde la playa.

Había fijado mi cuartel general en Llançà, un pequeño pueblo de veraneo a 50 kilómetros más al sur. Intenté forzar la marcha del *jeep* por el sinuoso y estrecho camino de montaña que serpenteaba como un ribete de asfalto negro a lo largo de la costa. El calor hacía humear el asfalto.

Estábamos tan sólo a principios de junio y apretaba ya mucho la temperatura. Se diría que iba a ser un verano largo, cálido y seco. Los turistas ya habían llegado y era difícil adelantarse a los coches lentos, que acarreaban pesadas *roulottes*, y que habían empezado su larga migración hacia las playas del sur. Conducía como un español. Dejaba al *jeep* ganar velocidad montaña abajo y frenaba con fuerza antes de llegar a una curva en horquilla; dejaba que el coche se inclinara por la curva y trepaba de nuevo, y de vez en cuando, si tenía suerte, adelantaba a un turista o a un camión maloliente que expulsaba humo espeso que danzaba como una nube grasienta alrededor de mi cara en el coche descubierto. El mar quedaba a mi izquierda, azul como el cielo y, de vez en cuando, aparecía un pueblo pequeño y blanco. Estaba a gusto con el viento dándome en el pelo y con el resultado del *hit* en la bolsa sobre el asiento trasero. Me alegraba volver a casa con Amelia y María Luisa, a mi casa en la ciudad que era la mía y, como de costumbre, con la indescriptible satisfacción de triunfo por haber realizado un trabajo difícil. La verdad es que no necesitaba trabajar tanto pero, si no trabajaba, no sabía con qué llenar el día. Había tenido que reconocer, presionado por Amelia, que el trabajo, el acoso y derribo de la víctima me proporcionaba una satisfacción casi brutal, y aunque había vivido más de veinte años en España, mi educación protestante seguía pesándome. Ganarás el pan

con el sudor de la frente. Sin trabajo no eres nadie, no tienes identidad. Los daneses, aun antes de presentarse, ya te han preguntado en qué trabajas.

Aunque antes y después de las curvas cerradas forzaba la marcha, el *jeep* no avanzaba mucho. Había demasiado tráfico y empleé dos horas en recorrer los cincuenta kilómetros. Tuve que ir en caravana dos veces porque había obras en la carretera. Cuando llegué a Llançà eran casi las tres de la tarde. En la ciudad todo estaba cerrado por la siesta. Es decir, los turistas estaban fuera pavoneándose por las calles mientras los habitantes del pueblo se habían metido en las casas a almorzar y a mirar la televisión. Mi hotel estaba abajo, en el puerto, que tenía detrás una bonita playa natural. Estaba llena de familias que tomaban el sol en la arena dorada o que se bañaban en el agua verde y tranquila. Las voces llegaban como a través de un algodón. Unas manos suaves untaban una espalda con aceite solar. Un padre ayudaba cuidadoso a un niño pequeño a ponerse el flotador. Una madre regañaba al hermano mayor que se burlaba de su hermana pequeña. Un adolescente hacía su *crawl* dando grandes brazadas y chasqueando los brazos, presumiendo ante dos muchachas con aparatos en los dientes y con las hormonas a cien por hora. Una pareja intercambiaba besos. Un hombre indolente pasaba la página de una novela. Una pareja de enamorados embelesados se levantó y se dirigió hacia su hotel. Les esperaba una tarde de amor.

Yo tenía sed, sudaba y estaba hambriento. En otro momento habría arrugado la nariz ante toda aquella dicha familiar en la playa. La del padre, la madre y los niños rojos por el sol, juntos y felices. Alguna vez había sentido algo de envidia, aunque no lo hubiera confesado ni a otros ni a mí mismo, pero ahora las alegrías y las penas familiares me parecían bien. Ahora yo tenía una familia. Solía pensar y decir que el lobo vive y caza mejor cuando está solo, y que no es lo mismo estar solo que ser un solitario. Yo estaba solo, no era un solitario. Ahora me gustaba mi vida familiar, y comprendía que había estado solo y había sido un solitario. Ser indispensable para los demás me producía una profunda satisfacción. Era importante que otros dependiesen de mí y que lo que yo hiciese afectara a los míos. A mi familia. Ahora, sólo poder decir eso ya me hacía feliz, así como que el dinero que yo ganaba no fuera solamente para mí sino que contribuyese al bien y a la felicidad de otras dos personas, también.

Aparqué el *jeep* en una calle lateral cerca del hotel que daba directamente al paseo de la playa. Antes de recoger las llaves me bebí un vaso grande de zumo de naranja recién exprimida y me comí una tortilla de patata y cebolla muy rica y ligera. El bar estaba al lado del hotel. Era como tantos otros bares españoles. Ruidoso, con la televisión a todo volumen en una esquina, con papeles y colillas por el suelo, mesas de

formica y olor a aceite y ajo. El agradable tintineo de copas, el castañeteo de las tazas, y la cafetera resoplando como un vivo fondo musical de feria. Las paredes estaban decoradas con un par de viejos *posters* de la Costa Brava y con los de los distintos equipos de fútbol del Barcelona a través de los tiempos. En varios de ellos, un joven Michael Laudrup sonreía seguro de su victoria, cuando llevaba al equipo de campeonato en campeonato. La mayoría de la gente que estaba allí comiendo era del pueblo. Me fumé un cigarrillo y tomé un café doble mientras me bajaba la adrenalina y recuperaba la tranquilidad. Hablé un poco de fútbol con el camarero. Había leído en el periódico del mediodía el retroceso del Barcelona en la liga. El club ya no iba primero sino tercero. En Cataluña esto es un desastre. El Barcelona tiene que ganar el campeonato, si no, el equipo es un fracaso. Yo soy del Real Madrid, pero los dos hablamos pacíficamente. Intenté calmarme. Después de un *hit* me sentía como después de dos horas de kárate con los japoneses en el local de la calle Echegaray. Estaba fresco, de buen humor y al mismo tiempo agotado. Tanta planificación, tanta preparación y tanta logística y, al final, la diferencia entre el éxito y el fracaso la hacían unas pocas centésimas de segundo. Podía haber un fallo en la película o en la cámara. Que un microscópico grano de arena en el mecanismo de cierre hubiera estropeado la toma. Y tal vez, y sólo por una vez, que me hubieran temblado las

manos. Que la luz estuviera mal calculada. Que la víctima hubiera quedado borrosa e irreconocible. Centenares de cosas podían haber salido mal.

Tomé un baño y antes de llamar a Madrid hice las maletas. Los negativos estaban guardados en la bolsa de la cámara. Llevaba la ropa en una maleta pequeña, muy práctica, que podía transportar en el avión como equipaje de mano. Suelo ir ligero de equipaje y dejo que me laven la ropa en el hotel, o me compro una camiseta nueva. Oscar solía estar en su despacho a las cuatro de la tarde, mientras en muchos otros despachos de Madrid no abrían hasta las cinco. Esto estaba cambiando. El ritmo se volvía cada vez más europeo, pero encontrar a alguien a la clásica hora de la siesta continuaba siendo difícil, especialmente con la burocracia estatal. Ese rato se utiliza para almuerzos de negocios, para estar con la familia o para los asuntos que requieren habitaciones escondidas en hoteles o pisitos íntimos de amantes. Yo tenía el número de la actual amante de Oscar, pero sólo quería utilizarlo en caso de urgencia. En casa, con su mujer, sólo se le encontraba los domingos. Así se lo habían combinado Oscar y Gloria. Gloria era atlética y seguía siendo muy atractiva, aunque ya no se podía ocultar que nos acercábamos a los cincuenta. Esto no parecía afectar a Gloria, quien, además de ocuparse de su floreciente despacho de abogados, se encargaba de que sus jóvenes amantes le ratificaran que

todavía era deseable. Los españoles son gente práctica en lo que se refiere al amor, y ni a Oscar ni a Gloria se les ocurriría divorciarse. No porque fueran católicos; la ley les brindaba la posibilidad, si lo deseaban. Pero se llevaban bien juntos y su vida privada y sus negocios comunes estaban tan entrelazados, que el único que habría sacado provecho de un divorcio hubiera sido el ejército de abogados que habría tenido que desenmarañar sus bienes.

Los dos eran mis amigos y mis socios en los negocios. Nos habíamos conocido hacía más de veinte años. Nos conocimos en los años caóticos y esperanzadores que siguieron a la muerte de Franco. Oscar era un periodista alemán, de dos metros de estatura, que escribía en una serie de revistas de izquierdas, y Gloria era una bella estudiante de derecho que llevaba su carné de miembro del ilegal Partido Comunista como si fuera la joya de la corona del desaparecido Zar. Tuvimos una relación amorosa corta y apasionada. En aquella época todos nos acostábamos con todos. Era cuando se podía decir «camarada» sin ruborizarse. La relación terminó pronto y sin amargura. Lo de Oscar y Gloria ya fue otra cosa. Se enamoraron. Fue un flechazo y, en contra de toda predicción, siguieron juntos sin que el asunto de la fidelidad en los últimos años hubiera jugado un papel demasiado importante. Juntos habíamos sido jóvenes, pobres y revolucionarios, y juntos nos habíamos hecho ricos. Los dos eran mi

segunda familia. No habían tenido hijos. Por propia voluntad Gloria se fue a Inglaterra para abortar cuando en España estaba prohibido, y desde entonces ella había considerado las ilegales píldoras anticonceptivas como una espada revolucionaria que levantaba contra el Papa y contra todos los viejos y empedernidos idiotas reaccionarios que querían dirigir su vida. Cuando empezó a echar de menos el tener hijos, ya fue demasiado tarde. El momento había pasado. En cualquier caso ya no podía quedarse embarazada. Pero si eso fue una gran decepción para ella, lo supo esconder bien. A Oscar aquello le resultaba casi indiferente. Si Gloria quería tener un hijo con él, él estaba de acuerdo. Si Gloria no podía, la vida volvía a ser como antes, sin más. Después de un par de años, dejaron de hablar de aquello.

Estaba pensando en ellos mientras metía en la maleta los vaqueros, empapados de sudor, y la camiseta. Me puse una camisa limpia y unos pantalones claros y me bebí un par de Coca-colas frías del mini-bar. Había empezado a pensar con cierta frecuencia en mi infancia y en mi juventud. Estaba demasiado feliz y satisfecho con mi vida como para sentir algo parecido a la crisis de los cincuenta. La vida quizá sea así. Uno mira más hacia atrás cuando la juventud ya ha pasado, cuando la vida ya ha rebasado su cenit. Hay ciertas cosas que ya no se pueden hacer, aunque a uno le gustaría. Mirando hacia atrás e intentando comprender a través de los

recuerdos, quizá se puedan soportar mejor los años venideros que resbalan lentamente hacia la vejez y, es de esperar, hacia una muerte indulgente.

Llamé desde el teléfono del hotel al número directo de Oscar. Lo cogió enseguida. Cuando nos conocimos, Oscar no sabía hablar español, así que hablábamos inglés entre nosotros desde el principio. Ahora, aunque hablaba español perfectamente, utilizábamos siempre el inglés cuando estábamos solos. Parecía lo más natural.

—¿Qué hay, viejo? —dijo con su voz ronca y profunda—. Dime...

—Ya lo tengo —dije yo.

—¿Y...?

—Es casi una Jacqueline —dije yo—. Pon el aparato en marcha.

—¡Eres un *crack*, tío, y un cínico!

—Es un ministro de derechas.

—Pues menos mal, si no, tendrías algunos líos con tu Amelia —dijo. Y oí la risa disimulada en su voz. A él le gustaba Amelia, pero nunca había superado del todo que yo me hubiera casado y hubiera sido fiel a mi mujer. Que me hubiera vuelto burgués, a mi edad. Que la escuchara y respetara sus actitudes. Pero, por suerte, nos entendíamos muy bien los cuatro.

—Iré mañana con el material —dije yo.

—Ya tendré a un técnico preparado.

—Lo haré yo mismo —dije.

—¿Y qué me dices de buscar un abogado?

—Se han hecho en una playa pública.

Oscar y yo raramente hablábamos claro por teléfono. España tiene un poderoso aparato de seguridad y no se toma muy en serio lo que dice la Constitución sobre la protección de las conversaciones telefónicas. España es un país europeo con terrorismo, y la sangre y la violencia a veces tienden a suplantar los derechos cívicos y las libertades.

—¿Cómo de pública? —dijo él.

—Absolutamente pública. No era una zona privada. Cualquiera que tenga un barco puede ir.

—Pongo el aparato en marcha. ¿Cuándo volverás a casa?

—Ahora cambio el coche y voy a Barcelona a tomar el primer avión.

—*Okay. Signing off, old boy...* —dijo, con la satisfacción en la voz que hoy en día tiene casi sólo cuando piensa que va a haber dinero por medio.

—Recuerdos a Gloria —dije yo.

—*Will do, old boy.*

Pagué la cuenta y fui hacia el *jeep* con la maleta del avión en una mano y, colgada al hombro, la bolsa de la cámara con los negativos que iban a hacer que nuestras cuentas bancarias aumentaran de muchos miles de dólares.

Al otro lado, frente al *jeep*, estaba un Mercedes negro nuevo. Delante, de pie, había dos hombres con los brazos cruzados. Uno no me causaría grandes dificultades. Era pequeño, gordinflón, calvo, con una cara cuadrada y ancha; no parecía estar en buena forma. Parecía lo que seguramente era, un relaciones públicas caro, empleado para sacar las castañas del fuego a su amo y señor. El otro, rondaría los treinta años. Por debajo de la americana se insinuaban sus antebrazos musculosos y tenía una sonrisa pedante bajo las gafas de sol negras. Pero no parecía un tipo duro, más parecía un *body builder* que un luchador. Eran músculos hinchados, no los músculos que se forman en los locales de entrenamiento como el que yo frecuentaba. A pesar del calor, ambos llevaban traje. Eran trajes safari, bien cortados; y no parecían sudar. El pastor se había ido de la boca. El pastor sabía leer y escribir, en todo caso los números y las letras que figuraban en la matrícula que pertenecía a la compañía AVIS de alquiler de coches.

—*Oye, hijo de puta* —dijo el gorila—. Se enderezó y dejó deslizar las manos a lo largo del cuerpo. Parecía relajado pero yo le veía las intenciones. La calle lateral estaba desierta. Desde la calle principal, arriba, llegaba el ruido del tráfico y se oía el ruido de las puertas metálicas de las tiendas al abrirse.

—El hijo de puta lo serás tú —dije yo.

Dio un paso muy claro hacia adelante, impidiendo que yo entrara en el *jeep*.

—Me estás cerrando el paso —le dije.

—¡Dámela! —dijo él, señalando la bolsa con la cámara.

—Es propiedad privada —dije.

—Los carretes no. La cámara ya te la devolveré. ¡Dámela!

Puse la maleta sobre el asfalto. Notaba el sudor en las axilas y el corazón me latía más rápido. El ruido de la calle principal se volvió casi imperceptible, como si lo hubieran filtrado, mientras mi atención se concentraba en el hombre que tenía delante. No estaba tan tranquilo como aparentaba. Había indecisión en sus ojos y unas perlas de sudor en el labio superior. Me acomodé la bolsa al hombro y esperé un momento, confiando en que apareciera alguien por la calle lateral y pudiera impedir que me atacara, pero él dio un paso adelante y cometió el error de extender la mano como si fuera a tirar de la bolsa que yo llevaba al hombro. Le cogí la mano, retrocedí un poco para poder utilizar su propio impulso y, cogiéndole el dedo meñique, se lo retorcí al tiempo que tiraba de su brazo empujándolo hacia arriba. Él jadeó, sorprendido, pero el sonido se le ahogó en la garganta cuando con la rodilla le di en los testículos y seguí tirándole del hombro hasta que oí crujir la articulación. Se desplomó delante de mí con un gemido hueco, paralizado por el sobresalto y el dolor.

Recogí la maleta. El chofer gordinflón se apartó del Mercedes y levantó los brazos en señal de rendición. Todo había ocurrido tan rápido que dudo si llegó a ver lo que pasó. Su compañero estaba de rodillas vomitando de dolor. Su dedo iba a hincharse e iba a tener dolor en la entepierna durante varios días.

—No —se limitó a decir el pequeño gordinflón, apartándose ostensiblemente hacia un lado. Pasé delante de él, eché mi maleta en el *jeep* y me marché. Me temblaban las manos y tenía la camisa empapada. Una familia de turistas con un par de chiquillos había doblado la esquina y me miraban fijamente. El padre, en un gesto protector, atrajo hacia sí a los chicos. La mujer se cubrió la cara con las manos. Este episodio no iba a contribuir a que pasaran unas vacaciones tranquilas, pero ya no podía evitarse.

Conduje despacio y con cuidado hasta las oficinas de AVIS. Los ojos me titilaban un poco. No era solamente a causa del calor. Aspiré profundamente dos o tres veces para controlar la respiración. En AVIS cambié el *jeep* por un Audi rápido y cubierto, y no estuve tranquilo hasta haber tomado el desvío hacia la autopista y haber acelerado la marcha. Pero iba mirando a menudo por el retrovisor para ver si un Mercedes o un coche patrulla me perseguían. Sólo cuando estuve en el avión que iba a Madrid me sentí completamente seguro. Puse un CD con *Grateful Dead* en mi *discman* y

empujé el respaldo de mi asiento hacia atrás. El avión iba medio vacío. Vi desaparecer el Mediterráneo cuando giramos lentamente en redondo y pusimos rumbo hacia la gran meseta del interior de España. Mientras tanto, las conocidas ansias mortales y excitantes de obtener una bebida ocupaban toda mi mente.

Pensé en Amelia y María Luisa, y pedí a la azafata una Coca-cola mientras el avión me llevaba a mi hogar en Madrid.